

La pescadería de Santiago o la alegría del mercado chipen

No es ninguna casualidad, el que todas las mañanas, invariablemente de la época del año, Santiago conseguía arremolinar, en derredor de su puesto de sardinas arenques y lenguados, a las clientas más curiosas del barrio.

Se podía encontrar allí a la señora Engracia, que acudía con su abrigo gris marengo, y al que todavía le faltaban dos mensualidades, para terminar de pagarlo, pero ella decía a sus amigas, que lo había adquirido en un viaje de placer, por la costa Brava, a un precio buenísimo.

La señora Agustina muchas mañanas aparecía canturreando al llegar al puesto, ojos verdes, de la Piquer, o cualquier otra copla de moda en la radio; engolaba mucho la voz, y algunas, con intención maliciosa, la llamaban la *Tebaldi*.

Pero sin duda, la que destacaba en aquel grupo de clientas, era sin duda, doña Evarista, decían que provenía de una familia importante, “es título” decía siempre Paquita, la portera del edificio contiguo; sabe usted, “doña Evarista es título del Reino, pero no hace gala de ello”, recalca Paquita.

Doña Evarista, siempre compraba medio de gallos y algo de mejillones; acudía siempre con unos vestidos muy modestos, sin embargo, mostraba unos ademanes, que no eran frecuentes en el barrio, quizás, tuviese razón Paquita.

A primera hora de la mañana Santiago subía el cierre de su local, con el buen humor que le caracterizaba, despertando a los compañeros, aun dormidos a tan temprana hora.

Santiago era un alcarreño alegre y dicharachero, nada más entrar al mercado de San Fernando, se le distinguía por su pregón voceado, para atraer a la clientela:

A la rica parrocha

Y al rico jurel

parroquiana, hágalos a la plancha

Y tendrán riquísimo sabor a miel

Su puesto era el más visitado, incluso llegó a considerarse el lugar de encuentro del mercado, aventurándonos más, el epicentro del barrio, donde se cocían las noticias diarias de los vecinos.

Las que se dejaban las leandras en la pescadería, y aun rondaban la soltería, miraban a Santiago enamoriscadas, arreboladas por su gracejo lisonjero y desenvoltura en las variopintas conversaciones, que cada día se originaban en la pescadería.

Tras comprar un junco de churros en Cascorro, baja temprano Santiago, hasta el mercado de Embajadores, lo primero, saludar al señor Julián, el sereno, juntos disfrutaban de tan delicioso manjar, terminado el ágape, tocaba la rutinaria despedida:

- Hasta mañana don Santiago, ¡¡¡gracias por el condumio!!!
- Que Dios le guarde señor Julián, y a dormirla bien.

Santiago recibía visitas frecuentemente, de sus parientes y amigos de su pueblo, Escariche, invitando a las visitas a una taberna cercana, en la calle de Mesón de Paredes,

donde corría el de Valdepeñas y un queso manchego que, hacia las delicias, de todos los concurrentes.

Le gustaba que le contasen las novedades de su tierra, aprovechando cada ocasión para brindar.

Licinio, el tabernero, sabía que estas visitas, suponían para Santiago, unas horas de felicidad que luego compartiría con medio barrio, transformando a su manera las nuevas noticias de su pueblo.

Santiago, en temporada taurina, por las tardes, alquilaba almohadillas en Las Ventas.

Gran seguidor de Ordoñez y Litri, a los que recordaba en tardes de puerta grande.

A veces se enfrascaba en acaloradas discusiones, que no pasaban del momento filosófico- taurino, de quitarse la gorra de plato, exclamando:

-Eso no lo hace Gregorio Sánchez ni aun estando Odoñez convaleciente de un cólico miserere.

Y con decir "cólico miserere", se acababa la discusión.

Al terminar la tarde taurómaca, Santiago se reunía con sus compañeros de almohadillas, y se tomaban unas raciones de gambas a la plancha, en una freiduría, cercana la calle de Alcalá.

¡¡¡ Cuanto disfrutaba Santiago de estas tardes !!!, desarrollando todo su repertorio de casticismo, repleto de humor.

Sin embargo, el secreto más íntimo, lo que más hacía vivir a Santiago, era cada vez que aparecía por la pescadería Fifi Moraleda, una muchacha que estudiaba artes escénicas.

Su ilusión, su gran ilusión era hacer películas al estilo de Conchita Velasco.

Santiago cuando se sentía cerca de Fifi, con su voz pizpireta y risueña, hacia volver a vivir al Santiago que llegó a Madrid, con ilusiones juveniles.

Santiago la miraba con ojos de besugo, aunque en el fondo, su yo de hombre ya maduro le decía que era un imposible. Demasiado tarde llegaba ese tren para subir. Tenía que conformarse con verla revolotear por el mercado, con escuchar su risa, sus carcajadas, y con hacerla una rebaja en la compra, sin que las señoras viesan que la hacía precio especial.

Eso es todo Santiago, tu a lo tuyo, a tus clientas, a tus toros, a tus parientes, que a veces te traen algo de la matanza, para que no olvides a tu Escariche.

Santiago hoy se ha levantado como todas las mañanas, a por sus churros compartidos con el bueno del señor Julián, y, ¿por qué no?, a repartir un poquito de su buen humor, en un mundo que poco a poco le va diciendo adiós, va siendo ya otro Madrid, distinto.

Hasta otro día Santiago, y recuerda que la báscula necesita una revisión.

